



© Del presente texto: Colectivo **Latitud Cero**

N. Caballero
M. Pérez
M. N. Castiblanco
C. M. López
S. Romero
C. M. Díaz

© Colección, ilustración y diagramación: Chibalete Editores

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana

ISBN-E: 978-628-97082-6-4

© Todos los derechos reservados.

www.chibaleteeditores.com

Ismos para entender la política.

**Guía práctica para entender
el barullo sin perder la calma**

Pa' que me entienda

Colectivo Latitud Cero

Contenido

Parte I. ¿Por qué el lenguaje de la política no es “técnico” como el de la ciencia?	9
Conceptos peleados: libertad, justicia, igualdad	79
Orwell y la niebla: eufemismos, vaguedad y poder	87
Certeza que convence vs. cautela que duda	99
Ethos, pathos, logos: anatomía de la persuasión	107
Verdad, opinión y el riesgo de la mentira (Arendt)	121
Metáforas y marcos: cómo nos hacen pensar	135
¿Por qué no zanjamos el debate?	
Conflicto sin laboratorio	147
Cómo escuchar y responder mejor: kit de lectura política	161
Parte II.	
Doctrinas clásicas y movimientos actuales: entender nuestro tiempo	177
Puertas de entrada:	
¿qué es una doctrina política?	179
Liberalismo: la libertad como eje	185
Conservadurismo: conservar para no perder	195

Socialismo y comunismo: igualdad y comunidad	205
Fascismo: la tentación autoritaria	219
Populismo: el pueblo contra la élite	227
Feminismos y movimientos de género	237
Ecologismo y política verde	245
Indigenismo y política decolonial	255
Nuevas derechas y ultraderechas del siglo XXI	265
Horizontes abiertos: democracia, redes y ciudadanía digital	275

Parte I.
¿Por qué el lenguaje de la
política no es “técnico” como el
de la ciencia?

Prólogo

La política suele presentarse como un ruido constante, una mezcla de discursos, promesas, peleas en televisión, cadenas que circulan en WhatsApp y comentarios en redes sociales. Para muchos, ese ruido es cansón, y lo más fácil parece ser alejarse, encogerse de hombros y decir que no vale la pena prestar atención. Pero al mismo tiempo, lo que ocurre en ese terreno nos afecta todos los días, aunque no lo queramos: cuando sube el pasaje del bus, cuando cambian las reglas en el colegio, cuando una marcha bloquea la calle o cuando un nuevo impuesto hace que las cosas en la tienda cuesten más. La política atraviesa la vida, y lo hace sobre todo a través de palabras. Palabras que emocionan, que dividen, que encienden. Palabras que parecen sólidas, pero que muchas veces son bruma. Ese es el primer descubrimiento: para entender la política no basta con mirar lo que dicen los políticos; hay que aprender a leer cómo lo dicen, con qué trucos, con qué imágenes, con qué silencios.

Lo primero que aparece, entonces, es la distancia entre lo que pasa en nuestra vida

cotidiana y lo que se discute en el mundo público. Esa distancia no es solo de temas, sino de lenguaje. Un científico que habla de física usa fórmulas y experimentos. Un médico que habla de salud recurre a diagnósticos, cifras, estudios clínicos. En esos terrenos, las palabras buscan precisión. En la política, en cambio, las palabras buscan mover. Son lanzadas como piedras o como abrazos, según el momento. Y eso hace que, al escucharlas, muchas veces no sepamos si estamos frente a una verdad, una exageración o una manipulación. La política no habla en un idioma técnico como el de la ciencia; habla en un idioma cargado de pasiones, metáforas, promesas. Entenderlo es el primer paso para no perdernos en la niebla.

Desde muy temprano en la historia, los pensadores se han preguntado qué es exactamente la política. Algunos la han visto como la búsqueda del bien común; otros, como el arte de conquistar y mantener el poder; otros, como la administración de lo que pertenece a todos. Pero hay una definición especialmente iluminadora: Hannah Arendt, filósofa del siglo XX, decía que la política ocurre entre los hombres, no en el interior de uno solo. No trata de

un individuo aislado, sino de la pluralidad. Lo político surge cuando nos reunimos, cuando actuamos y hablamos juntos. En esa visión, la política no es un escenario lejano donde unos pocos deciden, sino el espacio que se abre cuando las personas se encuentran para discutir lo que importa. Y ese espacio está hecho de palabras. Palabras que pueden acercarnos o enfrentarnos, que pueden aclarar o engañar. Por eso, aprender a escucharlas es aprender a participar en lo político, incluso si no queremos ser candidatos ni dar discursos.

Esa tarea no es sencilla porque el lenguaje político tiene un rasgo incómodo: no está hecho para resolver debates de una vez por todas. En la ciencia, dos investigadores pueden discutir sobre un experimento y, al repetirlo en el laboratorio, descubrir cuál hipótesis es correcta. En la política, no existe ese laboratorio. No hay un experimento que pueda demostrar de manera definitiva qué significa justicia o libertad. Son conceptos que siempre estarán en disputa, abiertos a múltiples interpretaciones. Por eso, las discusiones políticas parecen interminables. Y por eso mismo, quienes participan en ellas usan todos los recursos posibles para inclinar a los

demás hacia su lado: apelan a las emociones, buscan credibilidad, usan historias, inventan metáforas. Lo hacen porque no tienen un dato que cierre el debate; lo que tienen son palabras que deben convencer.

Esa diferencia nos pone frente a un reto. Si escuchamos la política como si fuera ciencia, esperando definiciones claras y pruebas irrefutables, vamos a frustrarnos. Pero si la escuchamos como lo que es —un campo de disputa, de opiniones, de relatos—, podemos entrenar el oído para distinguir mejor entre lo que es hecho, lo que es interpretación y lo que es simple truco retórico. Y al hacerlo, ganamos libertad. Porque quien no distingue esas capas queda preso de lo que le digan; quien aprende a distinguirlas puede pensar por sí mismo. Ese es el objetivo: no que todos lleguemos a la misma conclusión, sino que cada quien pueda construir la suya con criterio.

Aquí es donde aparece la expectativa central para el lector: este no es un libro que busca darte una receta ni imponerte una visión única de la política. No se trata de decirte qué debes pensar, a qué partido apoyar o qué doctrina seguir. Lo que quiere es darte herramientas para que puedas escuchar mejor, hacerte preguntas más

inteligentes y no quedarte atrapado en la superficie de los discursos. Es, en otras palabras, una invitación a hacerte cargo de tu propia opinión. Porque la política corre primero con pasiones, pero si logramos detenernos y mirarla con cabeza despierta, podemos descubrir su lógica interna, sus mecanismos de persuasión, sus formas de ocultar o revelar. Y al hacerlo, dejamos de ser espectadores pasivos para convertirnos en ciudadanos críticos.

Piénsalo con un ejemplo cercano. Imagina que un político promete “seguridad total” para tu barrio. La frase suena atractiva, casi irresistible. Pero si la escuchas con atención, puedes empezar a preguntar: ¿qué significa seguridad?, ¿qué medios piensa usar?, ¿qué derechos se ven comprometidos?, ¿qué experiencias de otros lugares se pueden comparar? De pronto, lo que parecía una promesa sencilla se revela como un entramado complejo. Y tú, en vez de repetir la consigna, tienes la capacidad de desarmarla, examinarla, decidir si te convence o no. Eso es leer la política con criterio. Y es lo contrario a tragarse la niebla.

Por eso, este prólogo quiere acompañarte a afinar la expectativa: lo que viene no es un manual aburrido, ni una lección de tecnicismos,

sino un recorrido por la manera en que el lenguaje político funciona. Vamos a explorar sus trucos, sus atajos, sus grandezas y sus miserias. Lo haremos con ejemplos, con referencias a filósofos que han pensado estos temas desde hace siglos, pero también con situaciones actuales que cualquiera puede reconocer. Queremos que, al terminar, sientas que tienes un pequeño kit mental: un conjunto de preguntas y filtros para no dejarte llevar a ciegas. Y sobre todo, que entiendas que en política no hay que esperar definiciones técnicas como en la ciencia, sino aprender a moverse en el terreno de la pluralidad, de las opiniones, de los relatos que se cruzan y se contradicen.

El camino que abrimos con esta primera parte del prólogo es, entonces, de preparación. Es como afilar un lápiz antes de empezar a escribir: no hemos trazado aún la historia completa, pero ya tenemos claro que lo que buscamos es precisión, claridad, criterio. La política seguirá siendo ruidosa, apasionada, llena de conflictos sin solución final. Pero si aprendemos a escucharla con más cuidado, ese ruido puede volverse música comprensible, y ese torbellino de palabras puede convertirse en un campo donde podamos orientarnos sin miedo a perdernos.

El lenguaje político no se limita a describir lo que ocurre: crea realidades. Las palabras no solo cuentan historias, también las moldean. Cuando un presidente se dirige a la nación y habla de “la guerra contra la pobreza”, esa expresión no es inocente. Podría haber dicho “el plan para reducir la pobreza” o “la estrategia para ampliar las oportunidades”. Pero eligió la palabra guerra. Y esa elección transforma la forma en que pensamos el problema. Una guerra tiene enemigos, batallas, sacrificios inevitables. Una guerra se gana o se pierde. De inmediato, el marco cambia y con él las soluciones que nos parecen posibles: más policías, más disciplina, más esfuerzo bélico. Si hubiera elegido otra metáfora, quizá habríamos imaginado políticas diferentes, como programas educativos o proyectos de cooperación. Esa es la fuerza de las palabras: no son solo etiquetas pegadas a la realidad, son lentes que la enfocan y le dan un color particular.

Esto no es nuevo. Platón ya lo había notado cuando en el *Gorgias* ponía a Sócrates a discutir con los sofistas sobre el poder de la retórica. Los sofistas decían: lo importante es convencer, poco importa la verdad. Sócrates respondía: la retórica sin verdad es como la

cocina que maquilla con especias una comida dañada. Lo que estaba en juego no era solo un estilo de hablar, sino la posibilidad de que la palabra construyera realidades falsas y arrastrara multitudes. Esa discusión sigue vigente: ¿usamos las palabras para buscar la verdad o para ganar? Y en política, la balanza casi siempre se inclina hacia la segunda opción. Por eso necesitamos estar atentos: para no confundir un buen orador con un buen gobernante, ni un eslogan poderoso con una idea sólida.

Un ejemplo más cercano puede encontrarse en cómo se nombran los impuestos. Rara vez se habla de ellos como “contribuciones obligatorias”. En su lugar, aparecen expresiones como “aportes solidarios” o “esfuerzos ciudadanos”. El efecto es claro: si te dicen que tienes que pagar, la primera reacción es resistencia; si te dicen que estás aportando solidariamente, el mismo acto se reviste de dignidad. Aquí entra en juego un principio básico: nombrar es encuadrar. El que controla el nombre controla buena parte del debate. Porque una palabra no solo describe, también orienta la reacción emocional de quien la escucha. Y las emociones, ya lo sabemos, corren más rápido que las razones.

George Orwell advirtió con fuerza este fenómeno en su famoso ensayo sobre política y lenguaje. Decía que los políticos son expertos en usar palabras vagas, eufemismos y giros oscuros para maquillar realidades crudas. Así, una tortura puede pasar a llamarse “interrogatorio intensificado” y un bombardeo con muertos civiles convertirse en “daños colaterales”. No es solo un cambio de palabras: es un cambio de percepción. Lo que suena brutal se vuelve técnico, lo que debería escandalizar pasa como trámite. Ese es uno de los mayores riesgos de la niebla política: acostumbrarnos a escuchar frases suaves y dejar de ver la crudeza de lo que esconden.

La historia está llena de ejemplos. Durante el siglo XX, los regímenes totalitarios fueron maestros en el arte de maquillar con palabras. En la Alemania nazi, los campos de exterminio se llamaban “campos de trabajo” o “reasentamientos”. En la Unión Soviética, las purgas se presentaban como “procesos de reeducación”. En América Latina, muchas dictaduras llamaron a la censura “defensa del orden” y a la persecución de opositores “estado de excepción”. En todos esos casos, el cambio de nombre no era un detalle menor: era la forma de

volver aceptable lo inaceptable. Y lo que resulta inquietante es que la estrategia sigue viva en la política contemporánea, aunque con ropajes más sutiles.

Pero no todo en el lenguaje político es manipulación. También puede ser inspiración, construcción de horizontes comunes. Cuando Martin Luther King pronunció su “I have a dream”, no estaba escondiendo nada: estaba creando una visión compartida, un relato capaz de movilizar a millones hacia los derechos civiles. Cuando en Colombia se hablaba de “la paz es posible” durante los diálogos de La Habana, esa frase abrió un espacio de esperanza donde antes solo había escepticismo. En esos casos, la palabra cumple su mejor función: no maquilla, sino ilumina. No encubre, sino revela una posibilidad. Aprender a distinguir entre un uso manipulador y uno inspirador es otra de las habilidades que el lector debe afinar.

El silencio también tiene poder. En política, lo que no se dice puede ser tan significativo como lo que se pronuncia. Un candidato que habla de economía pero nunca menciona desigualdad está dejando claro cuáles son sus prioridades. Un partido que habla de seguridad pero nunca de derechos humanos está

marcando su territorio ideológico. Escuchar críticamente significa no solo oír las palabras, sino notar las ausencias. A veces, lo que se omite pesa más que lo que se afirma. El silencio selectivo es otra estrategia de la niebla: mantener invisibles ciertos temas para que no entren en la agenda. Reconocer esas ausencias es una manera de ver con claridad lo que otros prefieren que siga oculto.

En la política actual, las redes sociales amplifican todo esto. Un tuit puede condensar en 140 caracteres una metáfora poderosa que se vuelve viral. Un meme puede fijar una etiqueta que define a un rival durante años. Un video corto puede emocionar hasta las lágrimas sin dar un solo argumento. El lenguaje político se adapta a esos formatos, y en ellos la brevedad obliga a elegir imágenes más que razones. “Locomotora del desarrollo”, “marea verde”, “castrochavismo”: todas son expresiones que resumen posturas enteras en dos o tres palabras. Y como se repiten hasta el cansancio, terminan sustituyendo la reflexión. El riesgo es que acabemos discutiendo etiquetas en vez de ideas. Y eso ocurre porque las palabras, cuando se instalan, ya no son solo palabras: son realidades que definen el terreno del debate.